



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

EL VIADUCTO

¿Qué fuerza, que imán, qué poder oculto tenía aquel viaducto que inducía a la gente a arrojarse desde él? Nadie lo sabía. Un día fue un hombre de aspecto modesto. En otra ocasión una señora de edad avanzada, que antes de saltar la barandilla con grandes dificultades depositó el capazo con la compra del mercado, cuidadosamente sobre la acera... En cierta ocasión, otro hombre que transitaba por el viaducto escuchando a un sacerdote abandonó de improviso la compañía de este último y se arrojó rápidamente al vacío. El sacerdote expresó un gesto de impotencia... Colocaron a un guardia de vigilancia y con el tiempo también el guardia se arrojó al vacío. Colocaron a otro guardia, al cual doblaron el sueldo, y éste continuó en su puesto, por fortuna, hasta el día de su jubilación... Murió también en el acto.

EL RECORD

Se había empeñado en batir el record mundial de permanencia en globo y tras fatigosos ahorros, al cabo del tiempo, pudo adquirir uno. Llevó a cabo los preparativos necesarios para su ascensión en la plaza mayor del pueblo, coincidiendo con las fiestas del Patrón de la localidad. Una enorme muchedumbre presenció la subida a los cielos, despidiéndole con flamear de pañuelos y griterío ensordecedor. Cuando se convirtió en un puntito perdido en el infinito la gente se dispersó. Pasaron los días, los meses y nadie supo más de él. Una noche volvió de improviso y en silencio. El pueblo dormía y a través de las ventanas de su casa, observó que su mujer abrazaba a otro. Loco de furor, rabia y celos se subió al campanario de la iglesia que se levantaba junto a la plaza y se arrojó a la misma. A la mañana siguiente, cuando descubrieron su cadáver, todos se maravillaron del estado del mismo, porque teniendo en cuenta que cayendo desde la estratosfera (por lo menos), dada la distancia y el tiempo transcurridos, tenía que haberse volatilizado por fuerza.

EL PREMIO

Tenía prisa por coger el tren que le llevaría nuevamente a su pueblo. Había pasado la jornada cumplimentando todos los encargos, gestiones y compras que le habían encomendado sus paisanos y vecinos. La gran ciudad le destrozaba, le asfixiaba. Tenía prisa por dejarla. Verificó un último encargo: en una lista oficial de la Lotería Nacional comprobó que efectivamente a un décimo que le habían dado le había correspondido un pequeño premio. La Administración desgraciadamente estaba cerrada. Nervioso pensando que iba a perder el tren, abordó a un señor contándole lisa y llanamente lo que le sucedía. El señor le partió la cara, llamó a un guardia que lo llevó a la Comisaría más próxima, le tomaron la declaración, lo encerraron y al día siguiente, comprobada la validez del décimo, lo dejaron en libertad. Cobró el premio y en el primer tren que pudo tomar se volvió al pueblo, donde jamás contó a nadie lo sucedido.

NEMORINO



LA MENOPAUSIA DEL GUERRERO

Kissinger tiene menopausia. Le atacó así, de golpe, mientras iba silbando por un pasillo de la Casa Blanca. Lo dejó de piedra, la menopausia. Alarma general, toque a rebato, fusilamiento masivo de secretarías olvidadas, de soplonos y de fontaneros postizos, llamadas urgentes a los bomberos, a la aviación civil, a un heterogéneo grupo de judíos, a un brujo, al Hermano Sol y a la Hermana Luna. Desconcierto generalizado en todos los rincones de la Casa Blanca y Kissinger ahí, de piedra, menopáusico, olvidado.

En seguida un vocero oficial les echó las culpas a los árabes y al sheriff segundo de Pimlico. Las gendarmerías y los paracaidistas empezaron a perseguir negros y a quemarlos a mansalva en las esquinas. Y Kissinger, menopáusico y solo, en un frío pasillo de la Casa Blanca, silencioso y estático, rodeado de micrófonos y de buganvillas.

Anuar el Sadat el egipcio se presentó de inmediato en Washington y fue a llorar a los pies de la piedra menopáusica. Algunas señoritas de vida alegre de los alrededores, negras, mulatas, indias y caucásicas, se arremolinaron en torno a Kissinger y trataron de reanimar sus apetitos en base a movimientos en redondo de caderas, al baile del ombligo y a la mosca española. Nada dio resultado.

Los enfermeros de la Casa Blanca señalan que es probable que el enfermo jamás se recupere de su estado de coma. Breznev alarmado dijo que iba a mandar de inmediato a un sabio médico soviético. Nixon y CIA todavía lo están esperando. Parece que el rusito se confundió y lo mandó a Siberia. O a Las Vegas. En Las Vegas ya lo están buscando.

PASCUALA

